

Nuestros artistas

## Sergio Castillo Mandiola: Premio Nacional de Arte 1997



ESCRIBE

José  
María  
Palacios

No era mi candidato. Y lo dije. Pero, del mismo modo, ahora debo decir que no estoy en contra. Incluso, también ahora, admito que el hombre se lo merece. Es un artista cabal y, en tal condición, el galardón no le queda grande. Le queda a la medida. El jurado que se lo otorgó, además, no merece objeciones. Quizás sea una lástima, como lo dijimos también anteriormente, que se posterguen otras figuras, pero en este asunto la cuestión de fondo es que sólo cabe uno. Y este fue Sergio Castillo.

Por cierto, en mi discurrir crítico de casi cincuenta años, he debido enfrentarme a Castillo en varias oportunidades. Pero, nunca en contra. Lo he valorado siempre. Recuerdo, por ejemplo, el estudio que Ana Helfant publicara sobre él en 1972 y en el cual plantea que "las esculturas de Castillo, que parecen predispuestas a todos los excesos, y sin embargo no caen en ninguno, podrían ser la idiosincrasia del chileno que nunca ha gustado de las expresiones exageradas. Y acaso, la constante armonía de sus obras, ¿no refleja también el lenguaje natural del país tan racio a las estridencias?".

Dijimos, entonces, y repetimos ahora, una cosa es la raíz humana, otra la telúrica. Chile es paradójico en este punto. Y yo pienso que en algún sentido, Castillo no está tan manifiestamente apegado a una u otra. Su obra, más que todo lo anterior, es básicamente un arrebato de contemporaneidad. Más trascendente, desde luego, que las canchas de fútbol de Antúnez o

los murales de la Brigada Ramona Parra. Aquí el espíritu es distinto, yo diría que menos anecdótico.

Frente a las esculturas de Castillo, es un hecho, esta impresión la tiene el común. No es un asunto de monumentalidad. Es algo más profundo, en que, ciertamente, esa formalidad terriblemente dinámica y sólida influye. Pero desde el "Gallo", trabajo de 50 centímetros, realizado en 1959, hasta su "Tercer mundo", de 1972, de 1,80 metro, es evidente que no sólo nos impacta la solidez. Es algo menos simple y más misterioso. Es la terrible sugerencia del ser inmóvil y haber, como escribió Alain, ganado "una perfección y una conquista", una sutileza de apariencia increíble, por su asociación a lo muerto, pero, ¿hay algo más impresionante que lo muerto y no putrefacto, incólume aun a la muerte misma?

La obra de Sergio Castillo, aún impar en nuestro medio, tiene una trascendencia que es preciso admitir como intrínsecamente americana. En su aparente aridez, en su rítmica, en su potencialidad nunca develada de manera absoluta, en su oscilación entre lo primitivo, natural, salvaje, y con una racionalidad fría y calculada, está una América muy nuestra. Están la debilidad y la fortaleza. Está la paradoja vital de un continente que lucha o agoniza entre la materia y el espíritu, que define aristas y no un contexto, que lucubra más que forja realidades, que idealiza más que concreta. Es una América

aún virgen y envejecida a la vez, porque tiene raíces seculares y frutos perennes.

Esto es Sergio Castillo, pero sólo en parte. En el principio fueron los toros. Después fue la mujer. En el principio la imagen era toda fuerza, toda exterioridad. Toda pujanza. Nervio. Después vinieron esas construcciones sólidas, de ritmo ascendente y envolvente, en que el espíritu parecía asomar. Querer asomar. Hubo alguna pausa y por ahí emergió la paz en una escultura de recuerdo y homenaje a Martin Luther King, con palomas en vuelo. En medio de todo, arrestos varios que tendían a reflejar la inquietud creadora del artista.

La muestra que actualmente se ofrece de las obras de Sergio Castillo en el Parque de las Esculturas es, por lo dicho, reveladora. Es una panorámica significativa y muy valiosa, que sirve para apreciar y juzgar con justicia al creador que ha sido nuestro artista, a quien, acaso, no todo el público conoce y aprecia. Pero en esta muestra hay una magnífica oportunidad para saber de por qué se le otorgó el Premio Nacional de Arte.

Lo más importante: no fue cuestión de política. Aquí se respetó y valoró una tarea de años y un espíritu, bueno en todo caso, que ha servido a nuestro país y ha trascendido al extranjero, donde, es posible, nuestro artista goce de más aprecio común que en Chile. Sucedió con Marta Colvin y ahora, acaso, con el nuevo Premio Nacional de Arte.